

Los *Dreamers*

y el sueño desechable*

Pilar Marrero

Resumen

Estados Unidos venera su origen inmigrante, pero se está hundiendo en un sentimiento antiinmigrante extraordinario. Por primera vez en su historia moderna, se está convirtiendo en una nación hostil hacia los recién llegados. En este texto originalmente publicado como capítulo del libro *El despertar del sueño americano*, se muestra cómo el tono negativo y las prácticas antiinmigrantes de hoy en día amenazan la estabilidad social y económica de un país que se hizo grande gracias a los mismos extranjeros, quienes arribaron en todas sus épocas para trabajar en los oficios más duros y necesarios, permitiendo el progreso de los que llegaron antes.

Palabras clave: *Dreamers*, Política migratoria de Estados Unidos, Sentimiento Antimigrante

Abstract - The *Dreamers* and the Disposable Dream

The United States venerates its immigrant origin, but it is sinking into a special anti-immigrant sentiment. For the first time in its modern history, is becoming a nation hostile to newcomers. This text was originally published as a chapter of the book *Los Dreamers y el sueño desechable (Waking Up from the American Dream)*, shows how negative tone and anti-immigrant practices today threaten social and economic stability of a country that made it big thanks to them foreigners, who arrived at all times to work the hardest and most necessary trades, allowing the progress of those who came before.

Key words: *Dreamers*, U.S. Immigration Policy, Anti-Immigrant Sentiment

* Publicado originalmente como capítulo del libro de Pilar Marrero *El despertar del sueño americano*. Penguin USA, 2012. Agradecemos tanto a la autora como a Erik Riesenber, Director de Mercadotecnia de la editorial, su autorización para reproducirlo en estas páginas.

Pilar Marrero. Reportera y editora del diario *La Opinión*, es una de las periodistas hispanas más solicitadas en Estados Unidos, colaborando como analista para noticieros en español e inglés como CNN, CNN en español, BBC World, NBC Channel 4 News en Los Ángeles y Al Punto con Jorge Ramos de Univisión, entre otros. Actualmente vive en Los Ángeles, California.

*No estamos diciendo primero yo, después yo y tercero yo.
La idea no es, denme residencia, denme educación, sino
denme la oportunidad de regresar a mi comunidad
y hacer cambios, denme la oportunidad de trabajar
en esta nación y denme la oportunidad de
mostrar las cualidades que tengo*

**Gracia Lima, 2008
estudiante de la Universidad
de California en San Diego
y activista promotora del
proyecto de ley
DREAM Act.**

El proyecto de la ley DREAM Act es una pesadilla. Sus defensores están vendiendo la idea para que se apruebe una amnistía masiva para millones de inmigrantes ilegales.

El DREAM Act es un salto doble contra estadounidenses respetuosos de la ley que pagan impuestos y contra los inmigrantes legales

**Congresista Lamar Smith, 2010
repblicano de Texas que se convirtió en
Presidente del Comité Judicial
de la Cámara a finales de 2010.**

El tráfico infernal de Westwood, cerca el campus de la Universidad de California en los Ángeles, estaba más atascado que de costumbre la tarde del 20 de mayo de 2011. El Departamento de Policía de los Ángeles (LAPD, por sus siglas en inglés) envió una alerta de tránsito a los medios avisando que el paso de vehículos era prácticamente imposible.

No era un tráfico como el de otros días. La intersección de Wilshire Boulevard y Veteran Avenue, una de las más transitadas del país, estaba bloqueada por nueve jóvenes que se sentaron en el asfalto a lo ancho del Bulevar. Vestían jeans y una camiseta roja que decía “The DREAM Is Coming” (El sueño ya viene), y en su cabeza portaban un birrete de graduado. Los rodeaban unos cincuenta manifestantes con carteles, entre los que había estudiantes, profesores y activistas.

Los muchachos, todos estudiantes universitarios, algunos de ellos indocumentados y otros hijos de padres inmigrantes, protestaron para llamar la atención hacia el DREAM Act, un proyecto de ley que se ha presentado en

el Congreso Federal de Estados Unidos en repetidas oportunidades desde 2001, sin que aún haya sido posible convertirlo en ley, para dar la residencia legal en este país a jóvenes que cumplan ciertos requisitos de estudio o servicio militar. Utilizan la palabra “DREAM”, que significa sueño, pero ésta en realidad representa las siglas del proyecto de ley: Development, Relief, and Education For Alien Minors (Desarrollo, ayuda y educación para extranjeros menores).

Ese día los estudiantes fueron detenidos y multados por la Patrulla de Caminos de California. No era la primera vez, ni la última, que jóvenes indocumentados con todo que perder, arriesgaban el arresto en un acto de desobediencia civil, de protesta o de activismo político para dar a conocer su situación. Otros compañeros y profesores solidarios con su situación también se han unido a las protestas.

Poco a poco, a lo largo de los últimos cinco años, los Dreamers (soñadores, que es como ellos se definen), se han convertido en un movimiento nacional formado por una multitud de muchachos y muchachas inmigrantes con sueños de progresar y muchos obstáculos para lograrlo. Han declarado ante el Congreso, han protestado en las oficinas de legisladores, han parado el tráfico, se han organizado en diferentes colegios y universidades y han recabado firmas para evitar la deportación de compañeros. Algunos han sido deportados, otros han logrado no serlo, gracias a mucho respaldo y el uso efectivo de los medios sociales.

La única manera de crear un movimiento eficaz era darse a conocer, ellos y sus historias. Así, muchos de estos jóvenes han salido del anonimato por decisión propia para formar parte de un movimiento activista que ha logrado importancia nacional. Muchos han contado su historia en la prensa, la televisión o Internet. Se han formado grupos de Dreamers en todos los estados, en las universidades y colegios. Uno a uno, docenas de jóvenes que antes vivieron atemorizados y en el anonimato, han decidido revelar su identidad y declararse indocumentados, en un momento donde serlo equivale a un estigma social castigado no solo con un tipo de marginalidad práctica sino, en algunas bocas, con el calificativo de criminal.

Si hasta hoy los medios de comunicación estadounidenses sólo se han enfocado en jóvenes inmigrantes, en particular los latinos cuando se trata de historias de crimen y pandillerismo o marginalidad, los Dreamers han comenzado a cambiar esta tendencia.

En junio de 2010, durante ceremonias de graduación, dos líderes estudiantiles salieron del clóset migratorio. Pedro Ramírez, presidente del consejo estudiantil del Cal State University en Fresno, de veintidós años de edad, reveló a los medios su estatus de indocumentado; y José Salcedo, de diecinueve años, hizo lo mismo durante un discurso en el campus del Miami Dade College.

Grecia Lima fue una de las primeras líderes de los Dreamers de la Universidad de San Diego, y en el año 2008, durante una conferencia organizada en ese campus, dio un conmovedor discurso. Escucharla es imaginar el potencial y la energía perdida para el futuro de este país si estos jóvenes no pueden integrarse totalmente a su porvenir.

“Siendo una estudiante indocumentada, uno vive entre el privilegio y la marginación. Uno viene a una universidad llena de edificios que parecen de película y profesores que son ganadores del Premio Nobel, pero uno vuelve a su comunidad y no ve que haya muchos cambios”, señaló la joven. “Me siento una privilegiada por estudiar en la Universidad de San Diego, pero no tengo todos los recursos para hacer todos los cambios que quisiera”.

A pesar de sus buenas notas y su inteligencia, la Universidad de California en San Diego le negó a Lima una de sus becas AMGEN de enriquecimiento estudiantil e investigación. No por nada personal: las becas están prohibidas para indocumentados; así como la mayoría de los programas de asistencia financiera públicos y privados.

“Sólo quiero decirles que quisiera compartir mis cualidades con ustedes. Compartir quien soy. Quiero investigar y hacer un doctorado en antropología, pero no puedo. Y además, ¿qué voy a hacer después de graduarme?”. Aquí Grecia se emociona y las lágrimas empiezan a correr. “¿Por qué este país no me quiere aquí? No lo entiendo”.

Podría decirse que los estudiantes indocumentados meritorios son casos aislados. Pero la realidad es que, en un entorno en el que las dificultades son mucho más imponentes que las posibilidades, el continuo surgimiento de estudiantes indocumentados con logros que van más allá de lo esperable, apuntan a que ésta es una generación que Estados Unidos debería aprovechar para sí.

Un sonado caso fue el de Walter Lara, uno de los primeros estudiantes sin papeles en recibir la suspensión indefinida de la deportación, gracias a una campaña nacional de recolección de fondos y atención mediática. El caso de Lara fue precursor de otros.

Walter vivió y estudió en Miami desde que sus padres lo trajeron de Argentina a los tres años. En la secundaria logró un promedio 3.7 del posible 4.0 en sus calificaciones, siempre soñando con estudiar y trabajar como animador en la compañía Pixar. Pero pronto supo que no tenía papeles, ni número de seguro social, por lo que no tendría acceso a becas y la universidad sería prohibitiva.

Aun así, fue a la universidad y obtuvo un diplomado en infografía, con un alto promedio de calificaciones, pero pronto tuvo que ponerse a trabajar como instalador de DIRECTV y diseñar páginas web a nivel freelance. Un día, camino a una instalación, fue detenido e interrogado por las autoridades y admitió ser indocumentado. Terminó detenido al borde de la deportación.

Pasó a veinte días en un centro de detención para inmigrantes en Pompano Beach, y allí conoció a otros jóvenes como él, que vinieron de muy pequeños a este país con sus padres y que no conocen, o recuerdan, otro país que no sea este. Un país que no los reconoce.

“Fueron días muy tristes, había chicos más jóvenes que yo; recuerdo a uno de dieciséis años, muchos mexicanos, haitianos, chinos, argentinos, muchos hispanos”, dijo Walter entonces en una entrevista con un periodista local.

Pronto familiares y amigos se movilizaron y uno de los senadores de Florida se conmovió con su caso, escribiéndole una carta a la Secretaria de Seguridad Nacional Janet Napolitano para rogar que usara su discreción legal y detuviera su deportación, que estaba pautada para el fin de semana del 4 de julio. Sobre Napolitano también llovieron cientos de llamadas de personas solidarias.

El 2 de julio, pocas horas antes de que se cumpliera su deportación, a Walter se la suspendieron por un acto directo de las Secretaría de Seguridad Nacional. Una foto enviada por algunos activistas que lo acompañaban cuando recibió la noticia muestra a un Walter emocionado, tapándose los ojos con las manos y llorando de alivio.

Aunque hasta ahora la administración de Obama se ha negado a los llamados a realizar una orden ejecutiva que, a falta del DREAM Act, suspenda la deportación de jóvenes meritorios, uno a uno ha ido concediendo numerosos casos de Dreamers. Walter fue uno de los primeros, luego han seguido otros, aunque el gobierno de Estados Unidos se niega a entregar las cifras concretas de a cuántos jóvenes les ha suspendido la deportación.

A pesar de que la mayoría de los estudios serios que existen apuntan a un balance positivo desde el punto de vista económico y social de aprovechar el talento y capacidad de trabajo de estos jóvenes, el beneficiarlos de alguna manera es un riesgo político que, por lo visto, ni siquiera un presidente demócrata puede tomar.

Si bien varias encuestas revelan que una mayoría (54%) favorece el DREAM Act, las opiniones son muy diferentes dependiendo de la tendencia política del individuo e incluso de su edad. Una gran mayoría de jóvenes y personas no blancas (término ampliamente utilizando en Estados Unidos que incluye una serie de razas y grupos étnicos) lo favorece; pero éstas no son precisamente las poblaciones que más votan.

Esas encuestas no tienen valor político mientras el gobierno en función tema la reacción de ciertas minorías determinantes en estados importantes para ganar puestos del Congreso o la Casa Blanca. En resumen: para que las encuestas tuvieran un efecto, habría que convencer aún a más moderados e independientes de las bondades del DREAM Act, cosa que aún no ha ocurrido.

Pero sean los que sean, aún falta convencer a una gran mayoría de los estadounidenses de que legalizar a esta fuerza juvenil no es sólo un acto de compasión o bondad humanitaria. En realidad, los análisis serios señalan que la legalización de estos jóvenes es una necesidad para la economía de Estados Unidos.

¿Qué es el DREAM Act?

El DREAM Act, en su versión más reciente, es una propuesta de ley que permitiría la legalización a largo plazo de jóvenes indocumentados que se gradúan de la secundaria, tienen buena conducta y moral y llevan una cierta cantidad de años viviendo en Estados Unidos.

No se sabe cuántos de estos jóvenes hay hoy en las universidades y colegios de Estados Unidos, pero existe un cálculo según el cual 65,000 indocumentados se gradúan cada año de la secundaria en todo Estados Unidos. Otros estimativos apuntan a una cifra menor, quizá no más de 25,000.

La mayoría de esos estudiantes vinieron a Estados Unidos cuando niños o muy jóvenes traídos por sus padres, que ingresaron ilegal o legalmente, en este último caso, con visas de turista que luego expiraron.

Sus vidas como indocumentados no tuvieron mayores consecuencias durante su niñez, sobre todo porque bajo la ley de Estados Unidos, y en particular, desde la decisión Plyler en 1982, un estado no puede negar la educación pública y gratuita a ningún niño, sea o no ciudadano, esté o no legalmente en este país.

Pero la realidad es otra cuando los jóvenes indocumentados, que según estimativos de centros de investigación ya se cuentan en más de dos millones en todo el país, llegan a la edad adulta o cuando se gradúan de la secundaria: asistir a una universidad o conseguir un trabajo es harina de otro costal – para muchos de ellos es simplemente un sueño imposible.

El caso Plyler no abarca a los estudiantes post secundarios, en particular después de que se aprobara la ley de 1996 que permite a los estados restringir el acceso a estudiantes sin documentos a sus casas de estudio. Así, dependiendo de cada estado, los jóvenes indocumentados que quieren y tengan el nivel escolar para seguir una carrera universitaria no pueden asistir a una casa de educación superior porque, para hacerlo, tienen tarifas similares a las de los estudiantes extranjeros.

En la mayoría de los casos, este pago es prohibitivo para los hijos de inmigrantes, la inmensa mayoría de los cuales tienen una situación económica difícil. Por ejemplo, en la Universidad de California, los estudiantes que son residentes del estado pagan unos \$11,300 al año mientras que los que no residen en California pagan \$34,000 al año.

Los indocumentados tampoco son elegibles para las becas públicas, o para la mayoría de las becas privadas, y aunque en California se aprobó en 2011 una ley que otorga acceso a ambos tipos de becas a los estudiantes sin papeles de ese estado, la anterior sigue siendo la realidad en la mayor parte del país. La ley de California, llamada “California Dream Act” en honor a la ley nacional que legalizaría a los estudiantes, según los sondeos de opinión, tiene el apoyo del 55% de los votantes en general y un 79% de los votantes de origen latino. Aún a pesar de la difícil situación presupuestaria del Estado Dorado, donde la caída de los ingresos de impuestos por el derrumbe del mercado inmobiliario acentuó los balances deficitarios, la mayoría de los votantes de California consideran más importante educar a estos jóvenes que ahorrarse unos cuantos millones de dólares en aras de la “responsabilidad fiscal”.

Durante su niñez y adolescencia, la mayoría de estos jóvenes no saben que tienen un impedimento. Cuando terminan la secundaria y quieren asis-

tir a la universidad, se encuentran con una imponente realidad: no tienen derecho a una tarjeta de identificación, un seguro social o una vida normal. Tienen que vivir en una especie de anonimato o limbo.

“Ser un indocumentado es como ser un niño para siempre: uno no puede sacarse identificación del gobierno; no puedes hacer nada que requiera una tarjeta de identificación”, dijo Stephanie Solís una estudiante indocumentada de la Universidad del Sur de California, cuyos padres le informaron a los dieciocho años que no tenía una estatus legal en este país.

Solís ha tenido suerte, relativamente hablando. Al vivir en California, puede asistir a una universidad pagando tarifa de residente. Todo eso gracias a que el estado es uno de once en todo el país que ha aprobado leyes que expresamente se lo permite, siendo estos: California, Nuevo México, Texas, Illinois, Kansas, Nebraska, Maryland, Nueva York, Utah, Washington y Wisconsin. En la práctica, también incluye a los estudiantes de Nevada y Minnesota.

En el resto de Estados Unidos, los indocumentados deben pagar cantidades exorbitantes de dinero como estudiantes extranjeros. Algunos estados hasta han llegado a aprobar leyes que prohíben la tarifa reducida para indocumentados, como Arizona, Colorado, Georgia y Oklahoma. En Alabama ni siquiera se les permite la presencia en casas de educación superior; en Carolina del Sur tienen prohibido asistir a cualquier centro universitario –paguen lo que paguen– y en Georgia serán rechazados en centros que a su vez hayan rechazado a otros estudiantes calificados por falta de cupo en los dos años anteriores.

Pero aún graduándose queda el mayor problema: la falta de estatus migratorio los condena a pertenecer a una subclase permanente y, en lo más práctico, a la imposibilidad de acceder a un empleo en el que puedan poner en práctica los conocimientos adquiridos en sus estudios. Aun así, los jóvenes indocumentados siguen abriendo brecha. Numerosas historias en la prensa han registrado los logros de jóvenes que a pesar de no tener papeles, se han graduado de la universidad, han llegado a ser los primeros de su clase y muestran una extraordinaria motivación.

Así se reportó en los medios que en mayo de 2011, Isabel Castillo recibió un doctorado honorario de parte de la Universidad de San Francisco, no sólo por sus logros académicos –se graduó en una universidad del estado de Virginia con honores– sino por su activismo a favor de los jóvenes indocumentados.

Es seguro que no todos los jóvenes indocumentados tienen este perfil, pero estos casos comienzan a ser suficientemente numerosos para que los que toman las decisiones en este país consideren que están en presencia de un grupo que merece un reconocimiento, y que puede ser de gran utilidad para el futuro del país.

Un sueño difícil

El DREAM Act lleva más de diez años de estar pendiente en el Congreso. La derrota más aplastante vino de la mano del mayor triunfo: a principios de diciembre de 2010, la Cámara de Representantes de Estados Unidos aprobó por vez primera esta ley; pero pocos días después fue derrotada en el Senado.

Las condiciones para lograr el estatus de residente legal bajo el DREAM Act, a diferencia de lo que alegan sus críticos, no hubieran sido demasiado fáciles de satisfacer: dos años de servicio militar o dos años en una institución universitaria para obtener la residencia temporal.

Tras seis años de residencia temporal tendrían que probar el logro de un grado universitario o servicio honorable en las Fuerzas Armadas por un lapso mínimo de dos años, que generalmente se convierten en mucho más. En el caso del alistamiento militar, cualquier contrato requiere un compromiso de ocho años, y en el caso de soldados activos, entre cuatro y seis años.

El proyecto de legislación ha estado pendiente en el Congreso desde hace diez años, pero ha sido controversial que jamás ha llegado al escritorio del presidente. La oposición es radical: los más extremistas, grupos como ALIPAC (Estadounidenses por la Inmigración Legal) sentencian que si se aprueba, el DREAM Act, significará “la destrucción de este país”.

“Los Estados Unidos que ustedes conocen desaparecerá por siempre, al tiempo que se borran nuestras fronteras”, señala ALIPAC en su sitio de Internet. En una comunicación a sus seguidores, cargada de hipérbole y de signos de admiración, los cerebros de ALIPAC transforman a los jóvenes estudiantes en “ilegales que vagan por las calles como trabajadores, estudiantes y votantes sin control . Lo que quiere el congreso es simplemente darles un sello de aprobación y legitimidad a los crímenes masivos que están cometiendo contra Estados Unidos y los estadounidenses”.

Los más radicales grupos antinmigrantes propagan varias ideas sobre los inmigrantes, dependiendo del público o del tema. Una de estas ideas es que

los inmigrantes sin papeles vienen aquí a votar para revertir la democracia estadounidense a su favor, aunque por lo visto, hasta ahora no han tenido mucho éxito, sino todo lo contrario.

La idea de que los indocumentados o ilegales votan jamás ha podido ser comprobada por ningún estudio serio que se haya hecho en ninguna universidad de este país. Si acaso, el verdadero problema en Estados Unidos es que los que pueden votar no lo hacen y la supuesta mejor democracia del mundo tiene niveles abismales de participación en casi todas sus elecciones.

Pero aunque risible, la imagen de los jóvenes extranjeros como zombis amenazantes que –horror– estudian, trabajan y votan en este país, tiene su público. Aún personas políticamente moderadas están preocupadas por la idea de que los migrantes cuestan dinero a las arcas públicas y, en momentos de crisis económicas y recortes presupuestarios, se preguntan si los indocumentados y sus retoños no empeoran las cosas.

Es precisamente en este temor en el que los críticos aparentemente más moderados de la inmigración –al menos en comparación con ALIPAC– basan sus poderosos argumentos. Grupos como el Centro para Estudios de Inmigración (CIS, por sus siglas en inglés), FAIR y Numbers USA, todas organizaciones ligadas en su origen a John Tanton, un oftalmólogo de Michigan, creador, según su página de Internet, “de la red moderna de organizaciones sobre inmigración”, promueven la idea de que Estados Unidos sufre una inmigración en masa que está fuera de control y destruirá al país.

Así, FAIR y CIS argumentaron contra el DREAM Act indicando que esta ley daría paso a la legalización de más de dos millones de inmigrantes ilegales, dándoles acceso a “tarifas estudiantiles de residente en universidades públicas, préstamos federales y otros programas. Los ilegales que reciban la amnistía también podrían, a la larga, patrocinar la entrada de familiares una vez que sean ciudadanos”, señaló un análisis de FAIR, un grupo restriccionista preocupado por la multiplicación de la población inmigrante. En realidad, estos son argumentos más adecuados para generar una reacción emotiva, que razones concretas por las cuales el país se vería perjudicado por la regularización de estos jóvenes.

EL DREAM Act

beneficiará a Estados Unidos

Algunos en el movimiento de los Dreamers asumen que las conmovedoras historias de los dedicados jóvenes llevarán al triunfo. Algunos observadores lo ven como una lucha de derechos civiles que beneficiará al país en general.

“Es un nuevo movimiento”, señala el profesor Will Perez, de la Universidad Claremont de Posgrados, quien ha estudiado a los Dreamers. “Hace cuarenta años, la ley de derechos civiles fue un hito que no sólo mejoró las vidas de dieciocho millones de afroamericanos, también mejoró al país en su totalidad. Una reforma migratoria pragmática no sólo beneficiará a dieciséis millones de indocumentados y a sus hijos ciudadanos, sino a todos en este país”.

Ésta puede resultar una conclusión fácil para Perez y los propios Dreamers y sus simpatizantes, pero es algo de lo que aún deben convencer a la mayoría del país. Algunos jóvenes en esta situación consideran que la estrategia utilizada hasta ahora se ha enfocado demasiado en las historias de los jóvenes y muy poco en lo que los estadounidenses pueden ganar de todo esto.

“Yo creo que para lograr más apoyo de otras personas no convencidas o no muy interesadas, debemos responder a sus preocupaciones. El movimiento hasta ahora ha explicado por qué los jóvenes necesitan esta ley, yo digo que es mejor explicar por qué este país los necesita a ellos”, señala Edgar Santos, un joven de veintisiete años de Los Ángeles que está haciendo un documental sobre el movimiento y ha vivido su propia experiencia de no tener estatus legal.

“Los que se oponen insisten en que el DREAM Act es una pesadilla para Estados Unidos, para los presupuestos, para otros estudiantes, para la economía. Lo que yo creo es que hay que batallar en su propio terreno. Hay que convencer a esa población mayor, suburbana, que no está segura, que están en el medio. Tenemos que vendernos como un producto”, afirma Santos.

¿Qué ofrece este producto? Hay reputados estudios que comienzan a develar la realidad y no son necesariamente de grupos interesados a favor o en contra de esta legislación.

Por ejemplo, RAND Corporación ya concluía, en 1999, que si bien para mejorar una tasa de graduación de los hispanos al nivel de los blancos no hispanos hacía falta invertir un 10% en educación pública, el resultado recompensa con creces la inversión: el ahorro en sanidad pública y el aumento en ingresos por impuestos que ganarían estos inmigrantes legalizados superan ampliamente el gasto. “Por ejemplo, una mujer mexicana de treinta años con un diploma universitario pagará \$5,300 más en impuestos y usará \$3,990 menos en gastos gubernamentales cada año, en comparación con una que deje los estudios antes de completar la secundaria “, apunta el estudio de RAND.

A mayores oportunidades educativas y mejores trabajos, más ingresos e impuestos pagados. Un estudio de la Universidad de California en Los Ángeles señala que potenciales beneficiarios del DREAM Act ganarían, en conjunto, un total de \$1.4 y 3.6 billones más de los que lograrían sin esa ley. Otro estudio de la Junta de Colegios Comunitarios de California señala que en sus vidas laborales, los graduados universitarios ganan 60% más que un graduado de secundaria. Y profesionales con grados más avanzados, como un doctorado, ganan dos o tres veces más.

Asimismo, la propia legalización implica un aumento de ingresos: un estudio del Departamento del Trabajo halló que los inmigrantes legalizados por la ley de 1986 aumentaron sus ganancias en un 15% durante los siguientes cinco años y subieron inmediatamente la escala laboral.

Por otra parte, los análisis demográficos apuntan a una sociedad que, incluso tomando en cuenta la presencia de los hijos de los inmigrantes, está envejeciendo. Un demógrafo de la Universidad del Sur de California, Dowell Myers, ha señalado que el envejecimiento de la generación de los llamados Baby Boomers, nacidos entre el final de la Segunda Guerra Mundial y 1964, ahora en su edad más productiva o empezando a retirarse, requeriría una generación substituta que el país no podría suplir de ninguna manera sin estos jóvenes inmigrantes.

Si ahora, la proporción de mayores de sesenta y cinco años respecto a los adultos en edad más productiva es de 240 por cada 1,000 –y ha sido constante desde 1980– en las próximas dos décadas esa proporción cambiará a 411 por cada 1,000.

Esta población en proceso de envejecimiento requerirá apoyo, gastos de salud y otros beneficios que dominarán el panorama fiscal del país y que, según estudios del propio gobierno, son insostenibles bajo las actuales

circunstancias. Además, la salida de estas personas de la fuerza laboral activa será de tal magnitud que si no hay quien los suplante a todo nivel, se prevén serias consecuencias.

Myers señala que los jóvenes de minorías y los inmigrantes “jugarán un rol muy importante en las próximas décadas” y explica que son ellos, cuyas poblaciones están en crecimiento con una tasa de natalidad superior a la del país en general, quienes deben convertirse en la nueva clase media de trabajadores, contribuyentes y compradores de viviendas.

Para Myers, el no cultivar a esta nueva generación no sólo es un error, sino una decisión peligrosa. “¿Quién comprará esas casas que querrán vender los que se retiren? ¿Quién pagará el seguro social de este grueso de personas retiradas?”, señaló Myers en una entrevista. “Lo mejor que podemos hacer para el futuro de Estados Unidos es pensar en cómo educar y maximizar la participación de estas nuevas poblaciones en nuestra sociedad y economía”.

Recibido: 5 de marzo de 2012 Aprobado: 10 de agosto de 2012